

SIGNIFICACION DEL REINADO DE ISABEL LA CATOLICA SEGUN SUS COETANEOS

POR

RAMON MENENDEZ PIDAL
DIRECTOR DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

TODA obra grande sobrepasa las miras del que la realiza y de sus contemporáneos, pero lo que éstos ven en ella es lo esencial de ella, es lo que determinan las circunstancias, lo que exigía la oportunidad del momento. Por esto nos interesa el juicio de los coetáneos sobre los Reyes Católicos, sobre lo que realizaron en su reinado y sobre el valor relativo de ambos.

Aspiración constante de toda la España medieval era la reconstrucción del reino de los godos, es decir, de la provincia Hispano Tingitana que el imperio romano entregó a los visigodos, y esto traía como consecuencia, de una parte, la aspiración a la unidad de España y de otra parte, las empresas africanas.

Imposible es, en breve espacio, recoger los muchos testimonios de los historiadores coetáneos sobre el papel de la reina en estas grandes empresas que los pensadores de entonces proponían como esenciales. Sólo nos fijaremos en las dificultades que la época inicial ofrecía y que determinaron la formación del carácter de Isabel en medio de la profunda decadencia a que España llegó en tiempos de Enrique IV.

Todos los fundamentos religiosos, políticos y mora-

les de la nación eran conculcados a diario por los gobernantes, por los cortesanos y por la camarilla de gente arrufianada y obscena que rodeaba al rey, a ese rey mísero, enfermo, de gustos pervertidos, y pervertidores, gran depravador de todo cuanto su acción alcanzaba, según nos describe con lúgubres detalles el cronista Alonso de Palencia.

Pero he aquí que, sorprendentemente, la ruina de tantas fuerzas tradicionales que movían aquella sociedad va seguida de un espléndido resurgir de todas ellas. Al subir al trono los Reyes Católicos todo cambia, dice Alonso de Palencia, «como la mar en borrasca cuando repentinamente sobreviene viento bonancible». Sin embargo, bien miradas las cosas, no hay tal cambio repentino, que es sólo apariencia deslumbradora. El resurgimiento operado se debió a una laboriosísima obra de gobierno, llevada a cabo por los Reyes Católicos, obra grandiosa justamente por haber sido perseverante en su necesaria lentitud, y, además, es preciso comprender ese resurgir como obra también de la mejor parte de la nación, que venía, en modo difuso, trabajando tiempo atrás, entre el desconcierto producido durante los dos reinados anteriores.

Una reacción nacional era inminente en los días

de Enrique IV. Palencia nos deja ver cómo en el largo reinado de Enrique se generan multitud de fuerzas que abnegada o interesadamente repugnaban aquella ruina de toda ética pública o privada: los pueblos que se organizaban en Hermandades, como la que en 1466 surge en Segovia para castigar un desafuero de la guardia real morisca, Hermandad que, como reguero de pólvora, cunde por ambas Castillas, por Galicia y por Aragón, para combatir el bandidaje señorial; los nobles que insistentemente se armaban y se conjuraban para exigir una reforma en el gobierno apoyados a menudo por el rey de Aragón, y nótese de paso cómo el reino aragonés, entonces aparte, secunda ya con intimidad los movimientos populares y nobiliarios del reino de Castilla.

TODAS esas fuerzas de reacción se agruparon en torno al infante Alfonso, niño que, en medio de la corrupción palaciega que minaba su educación al lado de la reina Juana, en Segovia, sacaba a salvo una noble inclinación hacia cuantas virtudes allí faltaban. Palencia acumula las anécdotas sobre este punto. Una de ellas refiere que, cuando este muchacho Alfonso, ya proclamado antirrey frente a Enrique IV, se apoderó de Segovia en 1567, al ver en una sala del Alcázar dos doncellas de su hermana Isabel alardeando toda la deshonestidad en el traje, conversación y modales que la reina Juana difundía en torno a la pudorosa infanta, sacó a su hermana del lado de la reina y la llevó a Arévalo; Isabel nace entonces para la Historia, a sus dieciséis años, como piedra angular de la reacción pública contra su hermanastro Enrique. La progenie misma de Juan II viene así a dirigir los trabajos de mina y contramina que llenan la vida española en la segunda mitad del siglo XV: de un lado, Enrique, el hijo de María de Aragón, el que hereda, exageradas, las anormalidades psíquicas de Juan II; de otro lado, Alfonso e Isabel, los hijos de Isabel de Portugal (mujer tan anómala que murió demente), y los dos heredaron de ella una fortaleza ética más extraordinaria aun que la relajación del hermanastro. Sobrecoge pensar que la reina Católica, hija de loca, madre de loca, no debiera haber sido engendrada si las leyes de esterilización eugenésica hubieran regido entonces; y el mundo moderno hubiera perdido su

Semíramis real, bastante más grande que la Semíramis legendaria del mundo antiguo.

LOS muchos espíritus hostiles a Enrique IV, lo mismo los reformistas, como Palencia, que los de voluntad turbia y claudicante, como el Arzobispo Carrillo, de Toledo, hubieran, sin duda, traído alguna restauración de España pero no con la armonía, plenitud y encumbramiento a que llegó guiada por Isabel.

En Isabel la reacción se presenta tan extrema que no parece sino que el carácter de esta princesa, retratado por Pulgar, se formó tomando como molde negativo el carácter del hermanastro, retratado por Palencia. Enrique aborrecía toda ocupación; Isabel fué laboriosa, «muy trabajadora por su persona». Enrique abandonaba sus funciones de gobernante a los privados, y hasta les cedía sus funciones de cónyuge. Isabel, celosa «fuera de toda medida» con su marido, era también celosa de sus prerrogativas de gobierno; oía cuidadosa a letrados, a políticos y a religiosos, aunque luego siguiese su propio arbitrio; «sabed, dice Pulgar, que el único privado de la reina es el rey». Enrique se complacía y se lucraba con la injusticia, «aun la tiranía ejercida por otros le agradaba más que la paz del reino», mientras Isabel fué siempre una enamorada de la justicia, y aniquiladora de la violencia. Enrique fué acusado porque despreciaba las insignias regias y el producirse como rey; a Isabel se le achacaba ser «ceremoniosa y de pompa demasiada» en los actos solemnes. Enrique se gozaba en degradar toda nobleza: apocaba la acción de sus huestes ante Granada; ridiculizaba a dos prelados haciéndoles cantar a dúo la bendición entre las risas de los fieles; envilecía las salas de la corte atizando los disgustos de su manceba doña Guiomar con la reina Juana, hasta que la reina llegaba a las bofetadas; escarnecía la justicia, opinando que el cadáver del ajusticiado no vale nada y es mejor librar a los criminales de la horca por dineros; todo lo contrario, Isabel sentía la emoción solemne o atroz de contemplar a cada uno en su función más propia; «cuatro cosas decía que holgaba de ver: hombres de armas en campo, obispo puesto en pontifical, dama en estrado, ladrón en la horca». Enrique holló todos los fundamentos de la vida nacional, sin innovar nada; Isabel, honrando todos los valores

tradicionales, transformó la nación; él fué un rebelde insignificante y dañino; ella, una sumisa grandiosa.

En la reconstrucción del reino unitario, tras la gran decadencia de Enrique IV, la tarea de los Reyes Católicos fué larga y difícil, y los contemporáneos Hernando del Pulgar, Alonso de Palencia, Andrés Bernáldez, Castiglione, Navagero, señalan a la reina como principalmente empeñada en ella, a diferencia de los escritores alejados en el lugar o en el tiempo, como Maquiavelo, Gracián, Saavedra Fajardo y demás posteriores, que se fijan en Fernando, prescindiendo de Isabel.

La realidad es que este matrimonio es único en la Historia, reuniendo un rey y una reina cada uno por sí poseedor de las más altas dotes de gobierno. Hacia Fernando convergen los éxitos vistosos, las combinaciones políticas difíciles, la sagacidad decidida a lograr el propósito arduo por cualquier medio, pues TANTO MONTA desatar como cortar el nudo gordiano. A Isabel hay que atribuir la más firme preocupación unitaria simbolizada en el haz de flechas irrompible; a Isabel pertenece el penetrante talento que sabe descubrir la persona necesaria y la circunstancia oportuna de Isabel es la constante elevación de miras, la firmeza de la mano que gobierna el timón resistiendo los bandazos de los intereses personales. A Isabel hay que atribuir la anteposición y la terminación de la guerra de Granada, el descubrimiento de América, la dirección de la empresa napolitana. Ella inició la guerra de Africa y la concibió con más participación estatal que la que se puso después de muerta la reina.

PERO, claro es, no hay que suscitar la pueril cuestión «quién vale más», sino sólo la necesaria discriminación de las cualidades propias de cada uno de los dos cónyuges en su gobierno conjunto.

Faltos de espacio aquí para extendernos sobre ese punto en todas las apreciaciones de los contemporáneos, recojamos por último el más comprensivo y elevado juicio, que no tiene para qué distinguir entre el rey o la reina. Al final de aquella época gloriosa, escribió Nebrija su *Décadas* latinas sobre el reinado de los Reyes Católicos, y si en el tan citado prólogo de la *Gramática* había encomiado la firme unidad política conseguida dentro de la Península y la atribuía

especialmente a Isabel, ahora en otro muy olvidado pasaje del proemio a las *Décadas*, ensalza en ambos reyes la consecución de los más grandiosos planes imperiales. Fundándose en las ideas sobre la historia universal concebidas por Paulo Orosio y por San Agustín, considera que, así como el movimiento de los cielos y de los astros es de Oriente a Occidente, así también la Monarquía del mundo pasa de los Asirios a los Medos, de los Medos a los Persas y después a los Macedonios, y después a los Romanos, y luego a los Germanos y Galos. «Y ahora, continúa Nebrija, quién no ve que, aunque el título de Imperio esté en Germania, la realidad de él está en poder de los reyes españoles que, dueños de gran parte de Italia y de las islas del Mediterráneo, llevan la guerra al Africa y envían su flota, siguiendo el curso de los astros, hasta las islas de los Indos y el Nuevo Mundo, juntando el Oriente con el límite occidental de España y Africa.»

ESA es la realidad. Un nuevo Imperio se levanta en España después de dos siglos y medio de olvidado el Imperio medieval. No es ya un Imperio intrapeninsular de mera reconstrucción del reino godo como el de los Alfonsos III, VI y VII; es un Imperio mundial, fundado en las ideas universalistas de la filosofía de la historia concebida por el gran Padre de la Iglesia, el Obispo de Hipona; un Imperio de la Edad Moderna, que deja atrás al medieval Imperio romano-germánico.

Con la profunda y entusiasta apreciación de Nebrija podemos cerrar la presente ojeada sintética sobre los juicios de los coetáneos acerca de este reinado conjunto, reinado que para los de entonces, como Bernáldez, Palencia, Encina, realizaba una grandeza de triunfo, sublimación y poderío nunca alcanzada por España; que después, para unos españoles como Gracián, Forner, Menéndez Pelayo, Maeztu, iniciaba espléndidamente una época «en creciente de Imperio», en la cual España realiza su verdadero destino bajo los reyes del siglo XVI y XVII; reinado que para otros españoles como Cadalso, Valera, Ganivet, Costa, señalaba no un creciente, sino la plenitud después de la cual empieza el menguante, la fatal decadencia ininterrumpida durante la casa de Austria; reinado, en fin, que para todos los españoles representa una feliz edad de oro por unos y otros añorada como inigualable.